

## **CAMINANDO SOBRE EL PASADO: UNA ETNOGRAFÍA DEL SECRETO Y EL MIEDO<sup>1</sup>**

Alejandro Grimson  
Doctor en Antropología  
Prof. Titular del Instituto de Altos Estudios Sociales (UNSAM)  
Investigador del CONICET  
alegrimson@gmail.com<sup>2</sup>

### **RESUMEN**

A partir de una conversación con un torturador en el trabajo de campo se abre un relato acerca de las formas que adquieren las narrativas y las vivencias de la memoria en Paso de los Libres, ciudad fronteriza con Brasil. Las memorias del terrorismo de Estado se insertan, con fuertes peculiaridades, en formas locales de vivir el pasado y el miedo, en relaciones construidas entre la historia y la justicia. Elementos relevantes en los relatos sobre los jesuitas y la Guerra del Paraguay se hacen presentes en las narrativas y la forma en que la gente vivencia las memorias del terrorismo de Estado. A la vez, los modos de procesar la experiencia dictatorial pueden incidir en las narrativas de pasados irresueltos de siglos anteriores.

Palabras clave: secreto, frontera, terrorismo de estado, trabajo de campo.

### **ABSTRACT**

From a conversation with a torturer in the fieldwork, a story opens about the ways the narratives and experiences of memory in Paso de los Libres, a town bordering Brazil. Memories of state

<sup>1</sup> Fecha de realización: abril 2013. Fecha de aceptación: junio 2013.

<sup>2</sup> El trabajo de campo fue posible gracias a la Beca Esther Hermitte de la Fundación Antorchas. Una versión preliminar se publicó en *El miedo. Sus dimensiones sociales y culturales* (2001).

terrorism are inserted, with strong features, local ways of living in the past and fear, constructed relations between history and justice. Relevant accounts of the Jesuits and the War of Paraguay elements are present in the narratives and the way people experience the memories of state terrorism. At the same time, the dictatorial ways of processing the experience can influence the narrative of unresolved pasts of previous centuries.

Keywords: secrecy, border, state terrorism, fieldwork.

En septiembre de 2000 hablé con un torturador. Trece años después regresé al mismo sitio. He visto dos mundos diferentes que eran el mismo. Sobre el primero de aquellos mundos escribí los trazos gruesos de este texto muy poco tiempo después de los hechos. Sobre el segundo mundo reescribo y concluyo aquel con un postscriptum como un ejercicio de contrastes posibles.

A inicios de 1999 había comenzado mi trabajo de campo en la frontera entre Argentina y Brasil, en las ciudades de Paso de los Libres y Uruguayana. Las preguntas que me llevaron a esta zona de frontera, en realidad, se vinculaban a los contactos intersociales e interculturales, así como a sus transformaciones en contextos de regionalización y globalización. Pero, en la medida en que había estrechado vínculos en el campo, hecho amigos, comido asados, jugado al dominó, compartido mates y grapas, una parte significativa de las conversaciones con la gente del lugar derivaban hacia el pasado. Se percibía una hiriente presencia de sus miedos hacia el pasado. Comencé a comprender que las relaciones específicamente políticas habían tenido un papel importante en la estructuración y la significación de los vínculos transfronterizos así como de la relación entre la gente del lugar y los Estados nacionales. Esto era especialmente evidente en Paso de los Libres, la ciudad argentina en la frontera, ya que la dimensión de la represión política en la última dictadura militar tuvo proporciones insospechadas en comparación con lo que sucedió en Brasil.

Mis interlocutores en Paso de los Libres hacían referencias a ese período, especialmente referencias genéricas sobre el “gobierno militar” o los “milicos”, así como alusiones al hecho de que casi todos eran sospechosos, siendo absolutamente “inocentes”. Paradójicamente, mis intentos de profundizar en estas historias, en lugar de permitirme avanzar, generaban silencio. En realidad, frente a una pregunta mis interlocutores parecían ponerse alertas. Tiempo después, uno de ellos me explicó que realmente él no sabía cuál era el objetivo de mi “investigación” y que prefería darme toda la información que yo quisiera sobre los matrimonios entre brasileños y argentinos, pero no profundizar en los delicados temas de los exilios políticos y la represión política en la frontera, porque quien hacía preguntas sobre estas cuestiones podría tener relación con los servicios de inteligencia, porque, comencé a comprender, a diferencia de lo que sucede en Buenos Aires, nadie “del lugar” hablaba abiertamente de la represión en sus diversas facetas (que fui consiguiendo reconstruir en los meses posteriores).

Mis interlocutores comenzaron a contarme historias sobre la represión política no sólo por mi persistencia en el campo y la creciente confianza que se

iba construyendo, sino porque, ante la sospecha explicitada sobre mí, me sentí compelido a narrar mi propia historia, la persecución a mi padre y mi familia durante los años setenta, la desaparición de amigos muy cercanos a la familia. Esto tuve que hacerlo en diversas oportunidades, ya que fue la única forma que encontré para que, al mismo tiempo que yo compartía con ellos mi historia, ellos compartieran conmigo los relatos sobre la historia local.

Meses después, cuando varias personas ya tenían plena confianza en mí y en mi trabajo, la situación se había revertido: ya no sólo era posible sino imperioso contarme todo con detalle, estar seguro de que yo registrara, de que hablara con todos aquellos que podían aportar nuevos elementos. Es que lo que parecía un silencio sepulcral sobre las memorias de la represión en parte se vinculaba a que en Buenos Aires no existía registro alguno de lo que había sucedido en Paso de los Libres. Entonces, yo me fui convirtiendo para ellos en una posibilidad de que al fin se supiera en el centro del país lo que había sucedido en la frontera. Mientras el silencio entre nosotros se había roto, las precauciones se habían desplazado, instalándose ahora entre nosotros (mis principales interlocutores y yo) y el resto de la población. Ellos consideraban que el resto debía desconocer lo que yo estaba haciendo. Es decir, yo mismo debía aprender a ser tan cauto como ellos. Cada uno estaba atento a que las puertas estuvieran cerradas, a que no se hablara del tema frente a cualquiera, a que se utilizaran ciertas palabras codificadas para aludir, en presencia de extraños, a la investigación que ya no era sólo mía. En rigor, no era sólo mía porque, con estos interlocutores, íbamos juntos a entrevistar a personas que podrían aportar información, viajábamos a ciudades cercanas, discutíamos las interpretaciones, las hipótesis y las conclusiones. Ellos mismos comenzaban a enterarse de nuevos elementos a través del trabajo que, por mi presencia, estábamos desarrollando.

Sólo cuando comprendí qué había sucedido en Paso de los Libres durante la dictadura pude entender la importancia de los secretos que parecían silencio: las referencias a la represión a través de alusiones que un extranjero no puede detectar, la exigencia de contextos adecuados para poder informar los hechos, intercambiar o discutir datos y fechas, formular hipótesis y sostener certezas difíciles de demostrar.

¿Qué había sucedido? Hasta 1976, Paso de los Libres y Uruguayana habían sido una zona de fuertes redes políticas transfronterizas, ya que los cambios políticos en Brasil o en Argentina obligaban muchas veces a los nuevos opositores a refugiarse fuera de su país. Aunque los brasileños eligieron básicamente el territorio uruguayo, Brasil y específicamente la zona de Uruguayana había sido un destino reiterado de dirigentes argentinos de diversos signos políticos. En rigor, el nombre de Paso de los Libres fue colocado por un caudillo provincial que a mediados del siglo XIX se exilió en la zona de Uruguayana, organizó allí un pequeño ejército y cruzó el río hacia la Argentina por el lugar donde se encuentra actualmente esa ciudad. Pero, durante el siglo XX, este fue un lugar de cruce para quienes pretendían escapar de gobiernos militares, así como de gobiernos civiles que podían perseguir a los opositores. Y los relatos orales de esos exilios, de los cruces, de los vínculos, se encuentran dispersos en la población local.

Esas historias las he relatados en otro trabajo (Grimson 2003). Aquí me concentraré en los sucesos posteriores a 1976 y en las formas en que esos sucesos son recordados. Distinguimos ambas cuestiones (las memorias y los hechos) porque las memorias son una construcción del pasado realizada desde el presente (Jelin 2002). Para estudiarlas y comprenderlas es imprescindible reconstruir, hasta donde sea posible, qué sucedió efectivamente en el pasado. Porque en el pasado no sucedió *cualquier cosa* y, justamente, entre los sucesos y las memorias se encuentra una brecha que da cuenta de las formas en que los actores procesan y construyen actualmente esas historias en contextos sociopolíticos específicos.

Los sucesos tienen dos dimensiones: la represión hacia la población local y la represión organizada en Paso de los Libres por el hecho de ser un paso de frontera. La represión de la población local tuvo dos episodios conocidos por todo el pueblo. En Paso de los Libres fue detenido y desaparecido un joven estudiante cuya familia continúa viviendo en la ciudad. En rigor, este estudiante desapareció el 23 de marzo de 1976, día anterior al golpe de Estado perpetrado por las Fuerzas Armadas. Aunque en términos técnicos podría llegar a considerarse una desaparición realizada por las fuerzas paramilitares que actuaban durante el gobierno constitucional, llamadas Triple A<sup>3</sup>, la población local lo recuerda como parte de la represión del gobierno militar. Cuando en la transición democrática, en los años ochenta, los estudiantes decidieron llamar con el nombre de Pata Acosta a su Federación local, esto provocó un verdadero revuelo y diversas críticas. Las autoridades de la institución educativa eran familiares de sospechosos partícipes (después, condenados) de la represión, hasta al menos el inicio de la segunda década del siglo XXI. Hasta ese entonces, a diferencia de muchas otras ciudades de la Argentina, no hubo en Paso de los Libres placas recordatorias ni actividades públicas sobre la memoria de este estudiante.

El otro hecho, con gran impacto público, fue la detención de siete reconocidos abogados de la ciudad, que permanecieron encarcelados durante algunos meses. Las acusaciones eran difusas, aunque se mencionaba el contrabando de armas u otros argumentos similares, sobre los que jamás se demostró absolutamente nada. Después de correr serio riesgo de desaparecer, gracias a la intervención activa de los familiares de los abogados, fueron liberados.<sup>4</sup>

Más allá de estos acontecimientos, así como de la desaparición de libreños en otros puntos del país, los recuerdos sobre la dictadura militar y su relación con la población local están atravesados por el clima opresivo, de permanente control y seguimiento. Una frase local resume la situación: “acá hay más milicos que gente”, dicha por la gente del lugar para dar cuenta de la masiva presencia militar expresada en tres regimientos del ejército, gendarmería, prefectura, servicios de inteligencia, policía federal, policía provincial, entre otros organismos, en una población que rondaba entonces las treinta mil personas. Esta presencia militar en la zona de frontera, explicable por la vecindad con Brasil y las tradicionales hipótesis de conflicto bélico entre los países, se volvió

---

<sup>3</sup> Esta interpretación fue realizada por miembros de un organismo de derechos humanos.

<sup>4</sup> En esa liberación hubo otras circunstancias fortuitas que no desarrollo aquí.

contra la población local en diversas oportunidades. Durante la dictadura, me decía un vecino, a los pocos que no eran militares, familiares de los militares, amigos de los familiares, “nos controlaban hasta cuando íbamos al baño”.

Otro hecho clave para comprender las memorias locales de la represión se vincula al accionar de las Fuerzas Armadas en la frontera internacional para controlar intentos de fuga o ingreso al país de militantes políticos de organizaciones armadas. Durante la dictadura militar, se instaló en la cabecera argentina de la frontera internacional un control clandestino, oculto, conocido como el “sistema de los marcadores”. Los llamados “marcadores” (o también “dedos duros”) eran cuadros de organizaciones armadas que habían sido secuestrados y torturados por el Ejército o la Armada y que habían, supuestamente, decidido colaborar con los militares para salvar su vida. Tanto las organizaciones armadas como los propios militares llamaban a estos cuadros “quebrados” y, en rigor, hubo diversas formas de colaboración en diferentes circunstancias. Una de esas formas fue el sistema de marcadores que consistía en que los “quebrados” debían reconocer en los pasos fronterizos a compañeros de su organización, delatarlos y facilitar, de ese modo, su secuestro y posterior desaparición.

El procedimiento era el siguiente: cuando un militante político que intentaba entrar o salir del país era reconocido, el marcador debía avisar al oficial de guardia y se procedía a la detención. Generalmente, los secuestrados eran trasladados encapuchados hasta el lugar donde se iniciaría el interrogatorio con torturas. Como muchos iban en ómnibus de larga distancia, los choferes y pasajeros (recuerda la gente de Paso de los Libres) se sorprendían de que algunos no siguieran viaje. Pero nadie hacía preguntas y el personal civil de la aduana tenía terminantemente prohibido ingresar al lugar donde estaban los “marcadores”. Probablemente, el destino de los secuestrados haya sido inicialmente un destacamento de gendarmería. En todo caso, para llegar allí, los secuestradores debían atravesar la ciudad con los detenidos, lo cual presentaba inconvenientes para un procedimiento clandestino. Entonces, posteriormente, el Ejército alquiló una chacra, llamada “La Polaca”, ubicada cerca de la ruta y del río Uruguay, donde podía llevar a cabo sus tareas clandestinas sin curiosos.

*La Polaca.* La mayoría de la gente de Paso de los Libres sabe muy bien qué significan esas palabras, aunque generalmente intentan no pronunciarlas. Como otro vecino me dijo: “Todo el mundo sabe lo de La Polaca, pero jamás lo vas a escuchar en una charla de café”. Sólo escuchar o decir esas palabras provoca miedo en algunos y pánico en otros. Según los libreños, no se trataba de un campo de concentración sino de un “centro de exterminio”. Dicen que “nadie salió vivo de La Polaca”. La mayoría de mis interlocutores afirma tajantemente que en el terreno de La Polaca hay, por lo menos, cien cadáveres enterrados clandestinamente.

Si todo sucedía tan oscuramente, ¿cómo “saben” tanto los libreños? Por una parte, los llamados “quebrados” llegaban y se iban de la frontera todos los días, custodiados. Y los secuestros, aunque intentaban ocultarse, eran visibles para alguien muy atento. Por otra, los “quebrados” no vivían en La Polaca ni en el paso de frontera, sino en el centro de Paso de los Libres, en una casa alquilada, con vecinos que recuerdan haber escuchado gritos y haber visto a los

“presos”. Un represor muy conocido en la Argentina, el Turco Julián, estuvo un buen tiempo a cargo de los “quebrados” y de la casa. El personal militar y civil destinado a La Polaca se abastecía en el Destacamento, donde había unos veinte soldados que veían y escuchaban lo que sucedía. Además, aunque La Polaca estaba fuera de la ciudad, también tenía chacras vecinas. Un relato dice que un tal Cerrote, viejo contrabandista brasileño que se dedicaba en esa época a cazar carpincho, era habitualmente contratado como baqueano por la Prefectura Naval para llegar a lugares de difícil acceso. En 1978, cuando sólo el Ejército conocía la existencia de La Polaca, un suboficial de Prefectura le pidió a Cerrote que fuera a ver un lugar cercano al río. “Cuando Cerrote se iba, en un tacuaral vio a un tipo estaqueado. Era La Polaca.”

Otro hecho que los militares no pudieron ocultar fue que los militantes montoneros, cuando se daban cuenta de que iban a ser detenidos, mordían una pastilla de cianuro y se suicidaban. Las versiones hablan de innumerables suicidios en el paso fronterizo, generalmente precedidos de gritos como “¡Viva la Patria!” o “¡Viva los Montoneros!”. Cuando se producía un suicidio, la noticia era un secreto a voces en la ciudad. “Un montonero estaba sentado en el ómnibus, se dio cuenta de que lo iban a agarrar, se tragó la pastilla, se puso verde y el gendarme quedó petrificado”, contaban. Supuestamente, el cuerpo de uno de ellos, Gervasio Guadix, estuvo por años en el cementerio de Paso de los Libres.

La población local no sólo era observadora pasiva de la situación. Un sector minoritario se involucró o se vio involucrado de maneras diversas. Algunos militantes políticos locales cruzaron gente a Uruguayana, especialmente en los días posteriores al golpe de Estado. Generalmente, recibían un llamado desde Buenos Aires u otra ciudad que informaba que alguien necesitaba ayuda para cruzar la frontera. A algunos los pasaban en sus propios autos, aprovechando el hecho de que eran vecinos respetados. A otros les explicaban las mejores alternativas para llegar al Brasil.

Paso de los Libres está atravesado por historias de fuga y de refugio. Una gran parte de los que se escapaban o volvían por Paso de los Libres no tenían un contacto. Entonces, por las noches, muchas veces a tientas, llamaban a un puerta. Mucha gente recuerda esos llamados, también en Uruguayana, y la mayoría explica con dolor por qué no abrieron: terror. Abrirle la puerta a quienes se escapaban podía implicar que los militares la tiraran abajo poco tiempo después. Pero también hubo quienes, sin compromiso político, abrieron esas puertas y ayudaron a escapar un desconocido. Tanto quienes dejaron las puertas cerradas como los pocos que las abrieron tenían una confusión similar acerca de qué estaba sucediendo. Y hoy recuerdan estas situaciones, de ayuda o de negación, con un temor similar.

¿Por qué los recuerdos sobre el pasado se vinculan aquí a un miedo presente? ¿Por qué persiste el temor cuando se habla de las memorias? Conviene comenzar por señalar otras persistencias. En Paso de los Libres se sigue considerando que “acá hay más milicos que gente” porque, a pesar de que fueron trasladados regimientos del Ejército, siguen funcionando cuarteles, gendarmería, servicios de inteligencia, aeronáutica, prefectura. El personal de estas divisiones, así como los oficiales y suboficiales jubilados, se encuentran tan entremezclados con la población que cualquier interlocutor puede pertenecer,



oficial o clandestinamente, a uno de ellos. En ese sentido, la sensación de que no puede decirse cualquier cosa en el ámbito público continúa vigente.

Pero no es sólo que el dispositivo, aunque no se encuentra intacto, continúa funcionando. Y no es sólo que ese dispositivo, a diferencia de las grandes ciudades, permea el conjunto de la vida cotidiana como en la utopía de la capilaridad del poder. Se trata también de que aquellos que tuvieron una activa participación en la represión, y que son públicamente conocidos por ello, caminan por las calles centrales de Paso de los Libres. Ese hecho, en Paso de los Libres, tiene un significado muy diferente al que puede tener en Buenos Aires u otras ciudades. En Paso de los Libres, en su juventud, los torturadores han sido compañeros de colegio de comerciantes de la calle principal, de destacados vecinos, de militantes democráticos. Por eso, no parece ser cierto que los libreños todavía les tengan miedo como personas, sencillamente porque, si no fueron víctimas de ellos durante la dictadura, difícilmente podrían serlo ahora. Sus presencias son significativas no porque generen miedo de actos violentos, sino porque evocan constantemente una historia de la que no se puede hablar. Son el testimonio vivo y, hasta hace un tiempo, un testimonio mudo.

Mis interlocutores me explicaron que hay dos reconocidos torturadores que continúan viviendo en Paso de los Libres. Obviamente, por esta ciudad han pasado muchos otros, como el mencionado Turco Julián, pero han regresado a sus ciudades o han sido derivados a nuevos destinos. Pero hay dos que son libreños, que continúan viviendo allí y cuya presencia pública es contrastante, casi una metáfora de dos formas diferentes de procesar la historia por parte de los victimarios. Uno se pasea en una moto último modelo, subrayando su presencia con estruendo y mantiene diálogos selectos. El otro se ha convertido en un alcohólico, es sistemáticamente golpeado por su hijo y vive deprimido. Fue este último con el que yo hablé.

#### UN TORTURADOR QUIERE HABLAR

Una noche, antes de regresar a Buenos Aires, pasé a despedirme de un amigo. Y Víctor<sup>5</sup> me dijo que hacía unos días que quería hablar conmigo. En sus palabras, “uno de los dos capos civiles de la SIDE en Paso de los Libres, que está borracho y deprimido, anda buscando plata y quiere vender la verdad de la historia de La Polaca. Va a revelar, me dijo, nombres de agentes de la SIDE en Paso de los Libres y revela algo central: La Polaca no habría sido un centro de detención, sino de alojamiento de quebrados para que marquen la frontera”. El represor le pidió 300 o 500 pesos para darle esos datos.

Cuando llegué a Buenos Aires realicé consultas con militantes de organismos de derechos humanos. La cuestión, en sus diversas dimensiones, me excedía. Lamentablemente, cuando regresé a Paso de los Libres diez días después no había obtenido (más allá de algunas sugerencias) indicaciones claras acerca de cómo actuar. La cuestión se me vino encima en Paso de los Libres y no supe manejarla. Relataré los hechos, aunque quiero aclarar que mi interés no radica en analizar aquí los eventuales errores que yo pude haber

---

<sup>5</sup> Por supuesto, los nombres han sido cambiados.

cometido sino sus consecuencias.

Yo estaba dispuesto a asumir el desafío de encontrarme con este torturador. No me interesaban nombres de agentes o cuestiones de ese estilo sino su propia versión sobre La Polaca. No sólo quería confirmar la historia de parte de los propios victimarios, sino eventualmente compararla con la que había recogido de la población local. O, mejor dicho, de un sector de la población local, ya que este y otros torturadores también son parte de ella. Y, además, como ciudadano, quería que se difundiese porque, tal como me habían dicho los libreños, en Buenos Aires no existía ningún registro de La Polaca. Es decir, el silencio sobre el campo no se restringía a Paso de los Libres, sino que se extendía al resto del país. Obviamente, para comprender la situación local no era un tema menor.

Pero como sabía que la situación me superaba quería ganar tiempo. Entonces, a través de Víctor, concerté un encuentro con el torturador en una oficina. Cuando llegué, estaba frente a mí. Un tipo deshecho, el pelo con restos de gomina le cubría parcialmente la calvicie, los restos de dentadura amarilla estaban destrozados por el tiempo y el alcohol, la ropa le colgaba como a un muñeco y usaba unos anteojos grandes en una cara consumida. Su voz confirmó que se trataba de una piltrafa humana. Me dijo que si yo quería la información debía pagar. Le respondí (como era mi plan) que necesitaba saber exactamente qué información podía brindar para transmitírselo a la “gente de Buenos Aires” y que ellos decidirían, después de lo cual me comunicaría con él. El represor, que había intentado ser amable y simpático, se puso nervioso y empezó a decir que no era estúpido, que no me diría nada, que no pedía una fortuna, y mencionó una cifra mucho menor que la que me había dicho Víctor. Yo insistí en que no quería la información, sino saber si podía dar nombres de víctimas, explicar cómo había funcionado La Polaca, entre otras cosas. Él se paró, indicando que ponía fin a la conversación, y dijo que sabía todo y daría toda la información: “No le pido millonadas, quiero 20 ó 30 pesos”.

Yo vi la información tan cerca que acepté. Tenía temor de que más tarde se arrepintiera y se callara, o de que lo hicieran callar, y en ese momento me pareció que la cifra de treinta pesos tenía un significado simbólico, en el sentido de que él quería decir “su verdad”, pero no podía tolerar simplemente la idea de decirla a cambio de nada.

No podíamos seguir conversando allí, así que Víctor me prestó otra oficina en el centro de la ciudad. Estábamos solos. Él sacó unos papeles y comenzó a leer. Yo comencé a grabar, con su autorización. Mientras relataba el golpe de Estado de 1976, en una versión que pretendía ser “objetiva”, yo empecé a sentirme mal, repleto de contradicciones. Pero, cuando comenzó a describir, siempre leyendo, las acciones en la frontera y los modos de tortura de La Polaca, empecé a descomponerme. “El sistema de interrogatorio era el siguiente”, afirmó: “Por lo general se hacía de noche (raras veces de día). [...] Allí se torturaba al detenido usando sobre todo el ‘teléfono de campaña’ usado en el Ejército. Al llamar se produce una descarga eléctrica que acciona la campanilla del otro aparato. Funciona con dos pilas de gran tamaño que producen de 50 a 70 voltios, o sea una descarga que no es mortal pero puede provocar quemaduras. Uno de los cables se conectaba al fleje de acero de la cama y el otro



se aplicaba sobre el cuerpo como 'picana eléctrica'. También usaban cigarrillos para efectuar quemaduras."

Jamás había imaginado que un torturador, a solas conmigo, podría relatarme el uso de la electricidad sobre los cuerpos. No podía seguir tolerando la situación y le dije que me diera los papeles que leía en voz alta y se fuera. Me los dio, le di el dinero, y él intentó volver a ser simpático y a averiguar los objetivos de mi trabajo. Yo recuperé mi sequedad y lo despedí.

Cuando se fue, entré en pánico. Me di cuenta de que tenía conmigo siete páginas manuscritas, que no había terminado de leer, sobre la represión en Paso de los Libres. Sólo había una copia y estaba conmigo. Necesitaba reproducirla y entregársela a gente de mi confianza, para que hubiera más copias en la ciudad. Lo hice. Le di una a Víctor y después fui a visitar a uno de mis amigos, quien me había ayudado en todo mi trabajo.

Entré a la casa de Juan con la certeza de que su sentido común me tranquilizaría. Le expliqué la situación y llamó a Toni, otro de nuestros amigos, quizá quien mayor preocupación y más hipótesis tenía acerca de La Polaca. Les conté todo con detalle y leímos juntos las siete páginas. En un lugar decía que, en el medio de un interrogatorio, otro detenido logró escapar, pero que el guardia lo persiguió, le disparó y lo mató. "Si bien no hay pruebas estaría enterrado en algún lugar cercano", decía el escrito. También mencionaba que "durante la existencia del campo alrededor de 100 personas fueron presas y allí torturadas." Sobre el destino de los detenidos señalaba que las autoridades militares decían que eran trasladados a Buenos Aires. Sin embargo, mientras algunos detenidos eran bañados y vestidos para que no parecieran prisioneros, otros "eran conducidos tal como estaban (sucios, vendados y semidesnudos)". Por eso, agregaba, "existía la firme certeza que algunos prisioneros eran eliminados en algún lugar no muy lejano por el tiempo que tardaban en volver."

Al final del manuscrito había una lista de ciudadanos libreños que fueron y son objetivo de los servicios de inteligencia, según este ex-agente. Pero también había otra lista: "El temor por conservar la vida, el trabajo, el cargo público y no ser molestados llevó a muchos vecinos a convertirse en 'delatores' que por lo general iban al Destacamento en horas de la noche para no ser vistos." Cuando Juan y Toni comenzaron a leer, comentaban en voz alta: "De este siempre se supo, de este siempre sospeché, este (le dijo Toni a Juan) siempre te lo dije y nunca me creíste, este es médico en una clínica importante, este es rector de un colegio de renombre, este era concejal." Y sentenció: "Tenés que tener cuidado con esta información."

"Yo... yo tengo miedo", dije, "de que ahora este tipo le esté diciendo a esta gente que le dio a alguien esta lista y que si quieren saber a quién y dónde está, tienen que poner plata."

Juan y Toni me miraron. "Puede ser", dijo Toni, "pero también puede ser una maniobra de contrainteligencia. Puede ser que te usaron para decirnos que sólo hay un muerto en La Polaca, que no hay cien, y que nos dejemos de hinchar las bolas, para que no queramos desenterrar los cadáveres. Porque alguna vez se van a desenterrar." Yo escuchaba, atónito: "Si fue una maniobra de contrainteligencia, no te va a pasar nada. Si no, estás metido en un quilombo".

*Yo estaba metido.* Solo, aislado, me había metido y ahora debía salir,

si podía, de la misma manera. Había ido allí para que me tranquilizaran, para que me dijeran que “no pasaba nada” y encontraba todo lo contrario. Pasaba mucho y podían pasar otras cosas. Cuando salí de la casa de Juan no dejé de mirar para los costados, estaba atento en cada esquina. Comencé a percibir que había cometido un error, grave, por ser excesivamente ingenuo. Un clima que imaginaba similar al de 1976 comenzó a rodearme.

Quería irme de Paso de los Libres pero no podía. Para otro tema clave de mi investigación, que había seguido durante meses, el día siguiente era clave. Había conseguido que un antiguo vecino me abriera unos archivos en los que esperaba encontrar mucha información y no podía desperdiciar la oportunidad. Entonces, con todas las precauciones, decidí que debía pensar en otra cosa, ir a hablar con algún informante sobre temas como los matrimonios transfronterizos, el comercio hormiga o los relatos del oro jesuita.

### LOS BUSCADORES DE TESOROS

Volví sobre mis pasos y le pregunté a Toni si me podía llevar a hablar con ese buscador de oro del que me había hablado. Hacía tiempo que me venían contando diversas historias sobre el oro de los jesuitas y el oro de los paraguayos. Ese día, en la ambivalencia del miedo y de considerar que yo estaba paranoico, sentía que un relato cercano a la ficción popular era lo que mejor me sentaría. No sospechaba que esos relatos me reenviarían a la historia de La Polaca y me darían una clave para comprender los procesos de memoria y miedo en Paso de los Libres. Simplemente, había algo que me fascinaba de esas historias que se remontaban a la época de las misiones.

La mayoría de los libreños escucharon alguna vez un relato como el siguiente: “Cuando España y Portugal expulsaron a los jesuitas, ellos se fueron pensando en volver. Entonces, dejaron el oro en Yapeyú o La Cruz (dos poblaciones muy cercanas a Paso de los Libres). No se han descubierto aun los túneles donde guardaron los tesoros. Nadie encontró los tesoros todavía. Los indios quedaron resguardando las riquezas. Los jesuitas no se las llevaron. Y hubo expediciones pero no las encontraron. Siguen ahí.”

Estos relatos aluden a la expulsión de los jesuitas de las tierras de España. En 1750 España y Portugal firmaron el Tratado de Madrid, por el cual las tierras ubicadas al este del río Uruguay pasaban a manos portuguesas, incluyendo siete reducciones jesuíticas. Los indígenas se opusieron y se enfrentaron a las fuerzas conjuntas de España y Portugal en lo que se llamó la Guerra Guaranítica. En 1767 los jesuitas fueron expulsados de las tierras españolas y debieron abandonar las misiones. Según estos relatos, entonces, cuando los jesuitas abandonaron las misiones pensando en regresar dejaron enterrados sus tesoros para, a su regreso, construir “su imperio”. Paso de los Libres se encuentra en el sur de los antiguos dominios jesuíticos.

En ciertos relatos el oro y los tesoros se localizan especialmente en ciertos cerros o lomadas que hay en la región. Uno es el Cerro del Jarau, cerca de Uruguayana, donde estaría depositado el mayor tesoro de los jesuitas. Suele decirse que el Jarau es “o cerro mais rico do mundo” porque “salía un hilo de agua amarilla por la cantidad de oro que había”. Es un cerro que tiene cavernas

impenetrables y donde cuentan que había enterrados varios cuerpos de jesuitas. En Rio Grande do Sul hay una "leyenda del Jarau" conocida en toda la región, que cuenta historias de tesoros y jesuitas. También, a ambos lados de la frontera, se cuenta que, en el siglo XIX, "cuando había muchas revoluciones en el Brasil un regimiento de hombres derrotados pueden haber enterrado una fortuna en el Jarau o en Yapeyú, después de que cruzaron el río para escaparse. Antes era muy común enterrar fortunas, los tesoros y no decirle a nadie. Entonces, ni las esposas ni los hijos sabían." Y los tesoros siguen allí.

También, en los Tres Cerros, la zona más alta de Corrientes cercana a Paso de los Libres, habría oro y otros materiales de los jesuitas. Entre las historias de los Tres Cerros se cuenta que un túnel jesuítico llevaría hasta la población cercana de La Cruz, que las ruinas de una casa de piedra pertenecían a una construcción jesuita, que hubo una batalla de la Guerra de la Triple Alianza y que los paraguayos enterraron el oro en ese lugar. En uno de los túneles inaccesibles, se dice, el Ejército intentó penetrar, pero fracasó a pesar de toda la tecnología empleada.

Por último, en la Loma Valentina también habría tesoros y tumbas. Allí se produjo el momento final de la Batalla del Yatay, durante la Triple Alianza, en 1865, cuando fuerzas argentinas, brasileñas y uruguayas derrotaron a los paraguayos por su enorme superioridad numérica, produciendo una masacre. Esta batalla es uno de los hechos históricos más relevantes de Paso de los Libres y, en los relatos locales, se considera un hecho injusto en el que pocos se identifican con el accionar argentino. Aunque la batalla se desarrolló en una llanura ondulada cercana a la Loma, la población considera que el centro de la batalla se desarrolló en la misma Loma, probablemente como consecuencia de que Cándido López, el Manco de Curupaití, oficial y pintor del Ejército argentino, representó sobre esa elevación el enfrentamiento bélico y esa es la imagen más difundida de la batalla.

Los paraguayos, se cuenta, traían oro y tesoros para financiar su campaña y, cuando comenzó la batalla, lo enterraron cerca de la Loma Valentina. Además, cuando se produjo la masacre (murieron centenares de paraguayos) algunos fueron enterrados en fosas comunes allí mismo. Un testigo presencial de la batalla dejó escrito un testimonio conocido en la ciudad: "Se calcula en 1.500 los muertos paraguayos, parte de los cuales fueron sepultados en las zanjas de las chacras, pero muchos se descompusieron al aire libre, y todavía muchos años después, el viajante pisaba tibias y cráneos humanos" (Sitjá y Balbastro 1998). Una versión dice que hace varios años un helicóptero vino a buscar el tesoro de los paraguayos, que estaba en un pozo con una tapa de piedra en forma de hongo. Aunque al menos hay siete u ocho tesoros paraguayos en la zona, el único que habría sido encontrado es ese.

¿Cómo es posible que haya tantos tesoros y tantos cadáveres y nadie encuentre nada? Es una pregunta equivocada, porque sí se han encontrado cosas. Por una parte, en toda la zona de la batalla, se han recogido durante décadas (y se encuentran en escuelas y casas) armas viejas, pequeños balines y todo tipo de restos del enfrentamiento. En la zona de Yapeyú, se cuenta, varias veces encontraron oro: "Un caballo tropieza con una piedra un día de lluvia y era una botijuela (olla de barro) de oro. Eran botijuelas con moneda de oro,

libras esterlinas, enterradas por los jesuitas.”

También en Yapeyú, como en muchas zonas jesuíticas, hay túneles que van desde el centro del poblado hasta el río, aunque la gente también afirma (como en otras zonas) que “hay un túnel que sale del centro de Yapeyú y pasa para el Brasil por abajo de la tierra”. En Yapeyú hubo invasiones y saqueos, pero sólo “saquearon lo que estaba arriba, lo que estaba abajo no”. Los militares, durante el Proceso, “dieron vuelta todo y mal” en Yapeyú, afectando la herencia cultural, pero tampoco llegaron al oro. En La Cruz, cuando la municipalidad estaba haciendo excavaciones para construir cloacas, encontraron un túnel jesuítico. Por último, los buscadores, aquellos que se dedican a buscar los tesoros, realmente han encontrado una enorme cantidad de objetos que he visto personalmente: armas, puntas de flecha, boleadoras, imágenes jesuíticas, aperos. Aunque ellos dicen que nunca encontraron oro, mucha gente no les cree. Nadie duda, sin embargo, de que nunca fue hallado el gran tesoro. Esto es asumido como un hecho, porque “nadie se ha hecho millonario en estos años, nadie *se ha hecho dueño de la zona*”.

### EL ORO Y LOS CADÁVERES

La conversación con Lito, el buscador de oro que Toni me presentó, comenzó por historias extrañas: detectores de metales que no funcionan en ciertas zonas, cuevas impenetrables en los cerros, estancias “asombradas” que pertenecieron a los jesuitas donde se escuchan por la noche presencias inexplicables, ruidos de caballos y tiros que se escuchan algunas noches en la zona de la Batalla del Yatay.

En un momento, Toni dijo: “Quiero que le cuentes lo de La Polaca”. Para explicarse, repitió la frase con la cual me habilitaba y habilitaba a mi interlocutor para que pudiéramos hablar de lo que nadie habla, para que quebráramos el silencio, para que pudiéramos hablar a “calzón quitado”. “Les aclaro”, dijo, “hablar con él y con él es como hablar conmigo, es de total confianza”. Esa frase transformaba el marco y los contenidos del diálogo de manera abrupta. Y, paulatinamente, también incrementaba la paranoia de todos acerca de quién podía escuchar nuestra conversación. Aguzábamos el oído no sólo para escuchar las revelaciones que el otro pudiera hacernos, sino también para percibir una puerta que de repente se abre, una ventana mal cerrada, un auto que pasa o se detiene, pasos y voces en la calle. La misma escena se repitió varias veces en casas y comercios donde terminábamos echándole llave a la puerta, cosa absolutamente inhabitual en Paso de los Libres.

Después de que Toni “abrió la puerta”, tanto Lito como él me dijeron que es mentira que en La Polaca haya sólo un cadáver como dice el torturador que habló conmigo. Resulta que, en el medio de un asado y con algunas copas de vino de más, unos muchachos que andan en la búsqueda de tesoros le contaron que una noche mientras rastreaban oro encontraron un montón de esqueletos. Algunos tenían restos de pelo. Y a todos los esqueletos les falta el brazo izquierdo. Estaban en un lugar fangoso que podría ser el arroyo que pasa por La Polaca y desemboca en el río. En La Polaca “debe haber una fosa común, abajo de un tacuaral plantado por los milicos”. Según esta versión, La Polaca empezó a

funcionar en el 76 (y no en el 78 como dice el torturador) y era el lugar adonde iba a parar la gente de la Liga Agraria, antes del sistema de marcadores. Más allá de cómo hayan sido los hechos, cabe señalar que, si La Polaca se habilitó en 1978, su objetivo principal parece haber estado relacionado con la llamada “contraofensiva montonera”, mientras que, si funcionó desde 1976, su objetivo habría sido, especialmente, los movimientos sociales de la región.

Así, los buscadores de oro me reenviaron a los cadáveres. La conexión explícita y factual entre los tesoros jesuitas o paraguayos y las inhumaciones clandestinas de la dictadura militar me permitió pensar en relaciones más sutiles y a comenzar a comprender que había conexiones mucho más profundas. Sugeriré que la memoria del terrorismo de Estado en Paso de los Libres se inserta, con fuertes peculiaridades, en formas locales de la memoria y del miedo, en relaciones construidas aquí entre el pasado, la verdad y la esperanza.

Esas formas locales de la memoria y el miedo, en rigor, deben ser ubicadas en procesos culturales más abarcativos. Los relatos sobre los tesoros escondidos son diversos en una amplia zona que excede el litoral argentino. Marta Blache (1982) ha analizado diferentes versiones de estos relatos tradicionales en Paraguay y su trabajo permite comprobar que hay una cantidad importante de elementos comunes: los entierros de tesoros jesuíticos y del ejército paraguayo antes de la derrota, la búsqueda de los tesoros por diferentes tipos de personas, el encuentro de indicios que confirman el relato y su asociación con la muerte y los muertos.

Las asociaciones del tesoro con la muerte son diversas. Como ya señalé, hay tesoros que se encuentran junto a los muertos o cerca de ellos. También hay gente, como muestra Blache, que se cuenta que ha muerto buscando tesoros escondidos. A diferencia de Paraguay, en Paso de los Libres no me han mencionado explícitamente que haya “almas cuidando el tesoro”, aunque en ambos lugares hay apariciones de luces o ruidos por la noche. En Paraguay, el tesoro está custodiado “por el espíritu dueño de las riquezas, por el de quien lo enterró y fue inmediatamente fusilado o por el alma de alguien que no puede descansar en paz por no haber repartido sus riquezas antes de morir” (119). Esta asociación con la muerte “convierte a la extracción en una empresa peligrosa y temida” (*ibid.*).

Me gustaría agregar que, en Paso de los Libres, la certeza de la cercanía del tesoro implica, a la vez, un deseo de encontrarlo y un temor por lo que pudiera ocurrir, sea porque quienes han encontrado tesoros han tenido problemas, sea porque podrían ser vistos y delatados. Como el tesoro se asocia a la peligrosidad, al igual que en otros relatos populares, Blache titula su libro *La estructura del miedo*. Por último, en su análisis del significado de estos relatos sobre los tesoros, Blache señalaba que implican “nociones populares sobre acontecimientos históricos, posibilidad de cambio socio-económico, frustraciones provocadas por apetencias insatisfechas, el sentido pernicioso atribuido al dinero y el ámbito de la justicia social” (125).

Señalamos estos elementos para mostrar que cuando nos enfrentamos a estos relatos estamos, en rigor, frente a narraciones culturales acerca del pasado (como forma de imaginar el futuro), con fuerte peso en toda la región. Al mismo tiempo, como es de esperar, esos relatos tienen una localización peculiar en

relación a situaciones históricas específicas. Y, en la medida en que los relatos sobre los tesoros son en Paso de los Libres una manera habitual de hablar del pasado, y especialmente del pasado como peligro presente, existe una conexión entre esos tesoros y la represión política de la dictadura militar.

En Paraguay, como muestra Blache, el acontecimiento colectivo principal al que está asociado el tesoro se refiere a la Guerra de la Triple Alianza (en referencia al “período de florecimiento y pujanza [que] ha quedado en la memoria popular como la época en que este país atesoró inmensas riquezas”, 119) y, en segundo lugar, a los jesuitas. En Paso de los Libres, los mismos acontecimientos presentan una jerarquía diferente, ya que el lugar se construye como antiguo territorio jesuítico. Más allá de esta diferencia, el tesoro refiere a dos situaciones que podrían haber derivado en una forma diferente de organización social y política, y también refiere que fueron derrotados. En ese sentido, al igual que en Paraguay, “el tesoro implica recobrar algo valioso que está oculto” y, además de indicar un ámbito de peligro, también expresa “una esperanza de cambio” (Blache). En esa ansia de cambio, las dimensiones individuales y colectivas se entremezclan, ya que, si bien las búsquedas son individuales (y esto marca un elemento clave), el relato, el deseo y la esperanza siguen siendo compartidos. Antes de analizar de qué manera los relatos sobre jesuitas y paraguayos permean las memorias de la dictadura, consideremos cómo esta se encuentra presente incluso en los relatos sobre aquellos. Veamos el siguiente relato que un antiguo comerciante de la frontera me contó en largas conversaciones que tuvimos a lo largo de los años, en galpones derruidos que, en épocas mejores, almacenaban exportaciones argentinas al Brasil:

Cuando expulsaron a los jesuitas de América se realizó *una maniobra de inteligencia secreta* entre España y Portugal para echarlos sin que consigan organizarse. Empezaron a asaltar las misiones. Y *desde las siete misiones de Brasil, los jesuitas envían los tesoros a Yapeyú* para resguardarlos ya que *el río era el camino* más rápido. Ese oro era para *crear la base de su imperio*. Portugal y España querían terminar con ellos. Eran más de tres toneladas de oro y piedras preciosas. De Yapeyú salió una caravana de mulas siguiendo la costa del Uruguay, ya que el río era inseguro, era más fácil que los agarren. Y como los jesuitas tenían vigías sobre la costa esperarían el momento indicado. Pero ese tesoro *no llegó nunca a ningún lugar*. Porque antes de llegar a Paso de los Libres *fueron interceptados* por un grupo enemigo y *los liquidaron a todos*. Pero antes, cuando los jesuitas se dieron cuenta de que estaban rodeados, descargaron el oro, lo enterraron o lo dejaron en un refugio o lo tiraron en una laguna. Pero lo que se sabe es *que los españoles y portugueses no encontraron el tesoro* que sigue perdido hasta el día de hoy.

Este es el relato de una “maniobra de inteligencia secreta” de los poderosos contra aquellos que habían intentado construir un mundo diferente. Frente al ataque militar de las fuerzas del poder, los perseguidos deciden fugarse y, para ello, cruzan el río. Llevan con ellos su tesoro, la “base de su imperio”. Y esa



“base del imperio” nunca llega a ningún lugar. Aquí el relato se abre, comenzando por el hecho de que “los liquidaron a todos” pero antes, escondieron el tesoro de tal manera de que el poder nunca se lo pudiera apropiar. Así, tenemos un final esperanzado, porque el tesoro, la herencia, aún se encuentra allí y debe ser buscado.

Esta estructura presenta similitudes significativas con las memorias de la represión política, cuyo capítulo fundamental también es una “maniobra de inteligencia secreta” orquestada porque, frente a la represión militar, también los perseguidos decidieron fugarse por la frontera, pero el poder terminó “liquidando a todos”. La diferencia fundamental es que, hasta donde pudimos reconstruir, los desaparecidos no dejaron nada equivalente a un tesoro. No dejaron nada, excepto sus propias ideas y sus propios cuerpos.

### ENTIERROS, DESENTIERROS

Pareciera que, en esta zona, cada vez que remueven la tierra desentierran la historia. El caballo que tropieza con las botijas jesuíticas parece una metáfora de que ellos mismos están caminando sobre el pasado. Si incluyéramos los relatos de los pobladores de la Loma Valentina acerca de los ruidos de la batalla del Yatay que se escuchan allí algunas noches, podríamos concluir que el pasado, además, los visita periódicamente. Abajo de la tierra se encuentran los derrotados: los jesuitas, los paraguayos y, también, los desaparecidos. Unos realizaron un mundo ideal, otros lo buscaban. Y ahí están, sus tesoros, su pureza. “El oro”, me dijo Juan, “es la pureza para los alquimistas.” Paso de los Libres es un lugar misterioso porque la verdad ha sido enterrada y es difícil de encontrar. Pero no imposible: por eso, uno y otro siguen buscando, otros imaginan o sueñan con buscar. Pero la mayoría sabe o cree que ese oro y esos cuerpos están allí.

En las principales elevaciones de la zona habría tesoros enterrados. La memoria, así, se encuentra espacialmente distribuida. Aquí, donde escasean los monumentos al pasado, la historia es imaginada en marcas naturales del espacio natural, especialmente los cerros. Son monumentos a sucesivas derrotas, a los jesuitas y a los paraguayos, en menor medida a los indígenas, y a una figura tan ambigua como los “revolucionarios brasileños”. Son monumentos que esconden sus fortunas, el porvenir irrealizado y a los muertos. Son tesoros guardados por sus dueños en el momento anterior a sufrir la derrota a manos de su enemigo, los vencedores: España y Portugal en un caso, la Triple Alianza en el otro. Los tesoros son escondidos con la esperanza de regresar a ellos, como base del imperio que se ha de fundar. Pero los dueños resultan masacrados por las armas del poder y, al menos en el caso de los paraguayos, enterrados en fosas comunes a poca distancia de los tesoros. Los ejércitos del poder, que pudieron doblegar los cuerpos de sus adversarios, nunca pudieron encontrar sus tesoros. Cuando los dueños de la zona fueron derrotados, guardaron esa riqueza bajo tierra, y esa riqueza nunca fue encontrada. ¿Cómo es posible saber que nunca fue encontrada? “Porque nadie se ha hecho dueño de la zona en estos años.”

Al ocultar su riqueza al poder, de hecho, la dejaron como legado a los pobladores. Quien se haga del tesoro será dueño de la zona. En esta concepción

hay un fuerte arraigo territorial: parece impensable que alguien encuentre el tesoro y se lo lleve a regiones alejadas. Es que son los pobladores locales los destinatarios de la riqueza. Sin embargo, sobre el tesoro de los paraguayos en la Loma Valentina se plantean dudas acerca de su hallazgo. Hay una versión que dice que una empresa extranjera habría enviado un helicóptero y retirado velozmente el tesoro. Aquello que permaneció durante más de un siglo bajo tierra, siendo buscado y rastreado por decenas de seres humanos esperanzados, habría sido hallado, según esta versión, y extraído en un santiamén por extranjeros provistos de alta tecnología.

Pero esta versión tampoco propone un final de la historia, sea porque habría otros tesoros por encontrar, sea porque este es un rumor del que no hay certeza. De todos modos, en esa escena la historia del tesoro parece una referencia a la expoliación de la tradición y la riqueza local por parte de grandes empresas sin rostro, que encuentran lo que hay bajo tierra operando desde las alturas. Mientras una empresa extranjera irrumpe velozmente y se apropia de un tesoro paraguayo, la gente del lugar sólo ha encontrado armas viejas, balines, estribos y alguna que otra moneda. Pero, justamente por ello, la denuncia no podría relegar completamente la esperanza. A pesar del saqueo, aún habrá muchos esplendores que aparecerán o serán hallados en el futuro.

La población local tiene certeza de la existencia de los tesoros, de las fosas comunes de paraguayos y de las fosas comunes de desaparecidos. Sin embargo, mientras algunos pobladores tienen certeza de la ubicación exacta de las fosas comunes de los paraguayos, sobre los tesoros y los desaparecidos sólo se presume dónde podrían ser encontrados. Después de la Guerra de la Triple Alianza, el hijo de uno de los soldados paraguayos llegó a Paso de los Libres en busca de su padre. Sus averiguaciones lo llevaron a concluir no sólo que había muerto en la batalla, sino que estaba enterrado, junto a algunos de sus compañeros, en un sitio específico. Entonces, el hijo decidió comprar esa parcela de tierra y quedarse a vivir en Paso de los Libres para estar cerca del cuerpo de su padre. Las sucesivas generaciones de esa familia continúan viviendo en Paso de los Libres y conservan la parcela de tierra, donde, sostienen, habría un tesoro paraguayo. Pero ese tesoro debe permanecer bien guardado, junto a los muertos, ya que sería un sacrilegio desenterrarlo y podría producir consecuencias graves para quien lo intentase. Los muertos están allí, al menos para sus familiares, y esto permitió realizar el duelo.

Sobre los tesoros y los desaparecidos, las localizaciones son sólo posibilidades conjeturales. Por ello, aún hoy deben ser buscados. Los tesoros pueden estar en diversos lugares (cerros, lomadas y caminos) y no le pertenecen a nadie en particular, sino a la historia y a un futuro. Una parte significativa de mis interlocutores sostiene que los desaparecidos están enterrados en una fosa común en La Polaca. Y, cuando se señala que La Polaca tiene varias hectáreas, ellos señalan como lugar casi seguro un tacuaral, que habría sido plantado por los militares. Son conjeturas comparables que permiten, eventualmente, emprender la búsqueda y desenterrar el pasado.

Los paralelismos que sugieren que las formas de memoria y miedo históricamente utilizadas para hablar de los jesuitas y a los paraguayos son también utilizadas para referirse a los desaparecidos no implican que los

relatos de la represión política sean una reproducción o una actualización de una estructura profunda vinculada al oro. Porque también hay especificidades.

Mientras los relatos sobre jesuitas y paraguayos pertenecen a la dimensión de la Historia (de sus antepasados, del lugar), los desaparecidos y el terrorismo de Estado pertenecen a la dimensión de la experiencia. Los jesuitas y paraguayos pueden llegar a modificar su presente y su futuro a través de sus tesoros. Se habla de tesoros porque hay una herencia material y simbólica de muertos que ya se encuentran definitivamente enterrados. En otras palabras, el duelo de los cadáveres ha terminado y es eso lo que habilita el énfasis en otras dimensiones. El objeto buscado no son los cuerpos jesuíticos o paraguayos, sino sus tesoros.

Los desaparecidos no dejaron un tesoro, un conjunto de riquezas resplandecientes. Pero, al igual que los tesoros, sus cuerpos nunca fueron encontrados. Y, al igual que jesuitas y paraguayos, fueron víctimas de un poder despótico. La búsqueda se orienta a sus propios cuerpos o, desde otra perspectiva, su tesoro es su propio cuerpo. La equivalencia no se establece por el resplandor, sino por las ideas de justicia y esperanza. Si la población local encontrara aquellos tesoros, podría heredar aquello que efectivamente le corresponde y generar un futuro mejor. Del mismo modo, si los cadáveres de los desaparecidos son hallados, se sabrá realmente qué ha sucedido y se podrá construir un futuro diferente.

La verdad está abajo de la tierra y debe ser desenterrada. Encontrarla y sacarla a luz es la condición de la justicia. Mientras tanto, el miedo seguirá organizando las memorias sobre el pasado y la imaginación sobre el futuro.

## RESTOS

Espero que mi argumento resulte claro. No afirmo que los pobladores de Paso de los Libres expliciten la conexión entre las formas de la memoria y el miedo en relación a los tesoros jesuíticos y paraguayos, y en relación a los desaparecidos. Afirmo, en cambio, que elementos constitutivos de las narrativas sobre jesuitas y paraguayos se hacen presentes en las narrativas y la forma en que la gente vivencia las memorias del terrorismo de Estado. Son conexiones factuales o narrativas fuertemente marcadas las que nos indicaron que debíamos explorar esta vinculación: los buscadores de tesoros que encuentran cadáveres que podrían ser de los desaparecidos, formas de narrar la expulsión de los jesuitas que tienen marcas claras de la experiencia reciente, entre otras. A partir de allí, creemos haber podido mostrar otras homologías relacionadas con lo que se encuentra abajo de la tierra, así como sus vínculos con el poder, el miedo, el pasado y la justicia.

Imagino que cualquier lector interesado querrá saber cómo ha terminado esta historia. ¿Cuál historia? La noche de aquel día en que hablé con el torturador y el buscador de oro decidí no salir para una fiesta a la que estaba invitado, aunque me visitaron dos pobladores de Paso de los Libres con quienes compartía la sensación de miedo. Esa noche no dormí, pensando que podía suceder alguna cosa y al día siguiente, después de acceder a los archivos que buscaba, regresé a Buenos Aires. Regresé a Paso de los Libres pero nunca

pude dejar de sentir cierto temor. Un tiempo después pude percibir que en aquella situación comencé a experimentar un temor que, llevado a su extremo, tenía estrecho vínculo con el miedo y los fantasmas locales. Sentía que podía ser perseguido por unos u otros interesados en la información que había obtenido y, aunque no ocurrió nada en ese sentido, es difícil establecer (como en cualquier situación similar) cuánto había de imaginación y cuánto de realidad en esos temores.

Pero hay otras historias cuyo final el lector querrá conocer. Su pretensión, en este punto, coincide con el deseo de mis interlocutores libreños que quieren que, alguna vez, se desentierren los cadáveres que ellos sostienen que están en La Polaca. Esta es la forma local de desear que, alguna vez, se conozca toda la verdad sobre la represión política durante la dictadura militar, con la particularidad de que desean no sólo conocer ellos mismos esa verdad, sino también que sea conocida en Buenos Aires. La gente de Paso de los Libres siente que, si al menos se supiera lo que ellos saben sobre las acciones locales del terrorismo de Estado, la situación cambiaría por completo. Si el país hablara de La Polaca, también ellos quizá podrían hacerlo. En ese sentido, la historia parecía, a inicios del siglo XXI, lejos de terminar.

Entre 2001 y 2002 sucedieron algunas cosas después de que le entregué las fotocopias del texto del torturador a gente de Paso de los Libres. Habíamos acordado que no las mostraríamos hasta tanto un organismo de derechos humanos se hiciera presente. Los pobladores más preocupados por esta historia no han hecho mucho por entrar en contacto con esos organismos y también es cierto que los organismos tienen una capacidad de acción limitada. Mientras tanto, la fotocopia comenzó a circular entre gente de relativa confianza y el círculo empezó a ampliarse. Aunque uno de mis interlocutores me contó esto con preocupación, personalmente pienso que ellos están en todo su derecho de hacer lo que quieran con este secreto. En aquellos años, aquel texto seguía produciendo secreciones, es decir, su pesada carga (tal como me ocurrió a mí) es aliviada a través de compartir la historia con otros. Son secreciones secretas y meticulosas que, de alguna manera, se insertan en la estructura de comunicación característica de la época de la dictadura y de los datos que, posteriormente, fueron saliendo a la luz en Paso de los Libres. Entre silencio y secreto hay una gran diferencia, y esa diferencia no sólo hizo posible mi propio trabajo, sino que es la que mantiene y recrea las memorias locales de la represión política. Anoté en agosto de 2001: "Quizás, alguna vez, la secreción también deje de ser secreta para cobrar verdaderamente estado público. Tal vez tampoco entonces los cuerpos de los muertos puedan ser localizados. Pero se habrá desenterrado no sólo una verdad, sino también una ilusión."

#### POSTSCRIPTUM

Y el país habló de La Polaca. A mediados de 2004 Tony me llamó y me pidió que, cuando él estuviera en Buenos Aires, tomáramos un café. En todos esos años nos habíamos seguido viendo en diferentes ocasiones, hablando a veces de nuestras vidas, a veces de la gente de Paso de los Libres, a veces de nuestras preocupaciones por el centro clandestino. Cuando nos encontramos me contó

que la asociación de abogados libreños había realizado una presentación judicial para que se investigara La Polaca. El juez había indicado que la presentación debía hacerla un familiar de una víctima. Mientras los familiares de una víctima local tenían temor, los otros familiares de víctimas eran inaccesibles para ellos. Ese era un eje de todo el meollo: las víctimas no eran locales, mientras los victimarios y sus cómplices sí. Los abogados estaban muy preocupados porque, como no podían responder al pedido del juez, temían que su presentación fuera contraproducente, en el sentido de que se acabara archivando la causa. Intenté nuevamente construir un puente entre ellos y organismos de derechos humanos, pero por alguna razón, nuevamente, eso no funcionó.

La historia de La Polaca siguió durmiendo su silencio hasta que un periodista libreño le hizo un reportaje por televisión al torturador con el que yo había hablado. Su nombre real es Carlos Waern y dijo en televisión prácticamente lo mismo que decía en el manuscrito que me había entregado. Esas declaraciones provocaron un escándalo de grandes proporciones: primero, en Paso de los Libres; luego, a nivel nacional. Los abogados libreños aprovecharon inmediatamente las declaraciones de Waern para volver a insistir en su pedido ante el juez. Cuando el juez citó a Waern, este dijo que había inventado todo y que nada de eso era cierto. El juez lo dejó detenido mientras se iniciaba la investigación.

Tony me llamó y me contó todo, aunque siempre a través de alusiones indirectas, dado el temor de que el teléfono pudiese estar “pinchado”. Estaba muy sorprendido porque, después de que Waern apareciera por televisión, se hizo evidente que decenas y decenas de vecinos de Paso de los Libres ya conocían con detalle sus declaraciones. “Todo el mundo tenía en su casa una fotocopia del manuscrito”, me dijo. Me contó que el juez había ordenado una pericia caligráfica para verificar que el manuscrito fuera de Waern y que se corrían rumores de que podrían iniciarse las excavaciones en La Polaca.

Varias semanas después hablé con otro vecino de Paso de los Libres. Las noticias eran que Waern seguía en prisión, pero que la investigación estaba empantanada porque no podía realizarse una pericia caligráfica de una fotocopia. Se necesitaba el original y estaban por realizar un pedido oficial ante el organismo de derechos humanos donde el documento se encontraba supuestamente archivado.

Recuerdo que, en ese instante, me puse muy nervioso. No dije nada, pero comencé a pensar: ¿dónde está realmente el original? ¿Yo había depositado el original o una copia en aquel archivo? ¿Dónde había quedado aquel papel entre mudanzas y desórdenes? Comencé una búsqueda que sólo llegó a buen puerto al día siguiente, cuando encontré que el original estaba conmigo. Con ayuda de amigos, enviamos el documento al juez de la causa. Pasaron dos meses sin noticias, hasta que el 25 de septiembre de 2005 apareció la noticia en la tapa del diario *Clarín*: “Represión ilegal: el jefe de los gendarmes sospechado. Es en una causa por la desaparición de 9 personas en el puente internacional de Paso de los Libres en los ochenta. Entonces, Pedro Pasteris era el jefe de ese lugar”. Los avatares habían hecho que el gendarme que estaba a cargo del puente durante aquel tiempo se hubiera convertido, más de veinte años después, en Director Nacional de Gendarmería. Ese rango era el que convertía a la noticia en nacional

y a La Polaca en tapa de diarios.

El gobierno nacional había tenido actitudes muy enérgicas y claras con aquellos implicados en la represión. Aunque Pasteris había sido designado por el mismo gobierno unos meses atrás, el presidente Néstor Kirchner relevó inmediatamente al Jefe de la Gendarmería y, a la vez, tenía programado un viaje a la ciudad de Corrientes. El secretario de derechos humanos de la provincia le avisó a los abogados libreños. Uno de ellos, Jorge Olivera, viajó cuatrocientos kilómetros para estar en el aeropuerto aguardando su llegada. Cuando Kirchner llegó, se dirigió en primer lugar a los organismos de derechos humanos de la provincia para explicarles la posición del gobierno ante el caso. “No bien llegó, se vino directo hacia nosotros, los políticos no estaban nada contentos”, declaró Olivera a los diarios. Y agregó: “Le explicamos qué estamos haciendo y qué problemas enfrentamos, y él nos dijo que ponía a todo el gobierno a nuestra disposición. Ojalá que este apoyo sirva para acelerar las citaciones y para que el juez dicte los primeros procesamientos”.

El diario *Clarín* publicó una reproducción parcial del manuscrito que Waern me había entregado en septiembre de 2000. Los peritos comprobaron que estaba escrito de su puño y letra.

Con estas noticias volvimos a encontrarnos con Tony. Estaba exultante, decía que esto mostraba lo que podía lograrse con persistencia, y contaba que, desde que Waern apareció en la televisión, todo el clima de miedo había cambiado en Paso de los Libres.

## PULMÓN

Cuando regresé a Paso de los Libres en agosto de 2013, encontré que la ciudad había cambiado. No se trataba de que ahora los comercios de la calle Colón estuvieran abiertos, de que una autovía llegara desde Buenos Aires hasta la frontera, o de otros cambios similares. Dos hechos simples y contundentes sintetizaban un clima social diferente. A fines de julio, yo lo sabía, el poder judicial condenó a tres represores por el caso Losada, una de las varias causas abiertas. Dos fueron condenados a 25 años y el tercero a seis años de cárcel. Este logro judicial llenaba de alegría y orgullo a quienes durante años habían procurado justicia. El otro hecho es que, a inicios del mismo año, se creó en la ciudad la Comisión por la Memoria, sólo 37 años después de que ocurrieran los primeros hechos de la represión ilegal.

Cuando finalicé mi trabajo de campo en 2001 y en alguna breve visita de los años posteriores, la memoria era un murmullo temeroso mientras que ahora se encontraba a flor de piel. No se trataba, ciertamente, de que toda la ciudad hubiera asumido como propias aquellas historias. Se trataba de que la mayoría de quienes yo había conocido a fines del siglo anterior y que se encontraban dispersos narrando hechos oscuros y angustiantes, se habían agrupado incluyendo a otros, que habían preferido un íntimo silencio. En la Feria del Libro de la ciudad, ellos ocupaban un stand central, enmarcado por las fotos y los nombres de los seis desaparecidos de Paso de los Libres, acompañado de materiales gráficos de alta calidad que recuperaban rostros y cuerpos que yo mismo nunca había visto anteriormente. Esta construcción de un listado de



desaparecidos, esta instalación en el espacio público, incluyendo actividades con importante concurrencia para la realidad local, había implicado también que otras personas se acercaran a narrar historias y a mencionar nombres y situaciones que ninguno de nosotros conocía. Cuando regresé de Libres, se mencionaban otros cuatro nombres que requerían ser analizados para saber si correspondía agregar a la lista.

Es difícil transmitir al lector las proporciones de la situación para que no tenga una imagen que la menosprecie o la exagere. En aquella ciudad repleta durante décadas de fuerzas de seguridad, la población con familiares más cercanos o más lejanos pero empleados en alguna de ellas es llamativamente abrumadora. Instituciones educativas de la ciudad han sido y son dirigidas por parejas y ex parejas de los represores ahora condenados. Asociaciones de abogados que pueden colocar en 2013, para su propia biblioteca, el nombre del juez que denegó el *habeas corpus* del Pata Acosta o que pueden homenajear al ministro de educación provincial de la dictadura, cómplice de vigilancia y delaciones. Eso sucede también hoy, con la diferencia de que ninguna de esas acciones deja de ser cuestionada y respondida, y de generar un conflicto.

¿Por qué se produjo ese cambio? Según las palabras del Bagre, el abogado que más trabajó en las causas de derechos humanos, jamás se hubiera llegado a la primera condena sin su propia perseverancia, sin el “Informe Waern” (así han dado en llamar al manuscrito) y sin la declaración de Waern en la TV local. Las tres cuestiones habrían sido necesarias. Pero su relato de los últimos años es el de una lucha desigual, en la que él y el abogado Olivera, quienes emprendieron juntos este desafío, tuvieron que arreglárselas por su propia cuenta, financiando los viajes y las estadías en la ciudad de Corrientes con su propio dinero, debiendo abandonar trabajos por los que tienen ingresos y llegando, en algunas ocasiones, a situaciones económicamente comprometidas. Además, en los círculos en los cuales solía moverse este abogado, él siente el cuestionamiento y hasta el desprecio de parte del sector de la elite libreña más cercana a los represores: “¿cómo pueden estar haciéndole esto a esta gente?”. Él siente que pocos se lo dicen pero que lo interrogan con su mirada gélida.

Como muchos otros que adhieren a este reclamo, el Bagre se declara admirador de la presidenta. Menciono esto porque se relaciona con otro cambio muy evidente entre las dos fotografías de Paso de los Libres. Hace diez años, mis interlocutores hablaban de sus identidades políticas en pasado: o venían de una familia radical, o habían sido peronistas, o habían integrado alguna fuerza de centroizquierda. Excepto los ciudadanos que hacían política en el municipio o que pretendían ser candidatos, era difícil encontrar la enunciación de identidades políticas en presente. En cambio, frases como “soy cristinista”, “soy kirchnerista”, “soy antik”, “soy radical”, “soy de izquierda”, “soy peronista de Perón” o un irónico “soy gorila” fluyen ahora como parte inherente a la presentación misma de las personas involucradas en estos debates públicos.

Decir que lo que cambió son cuestiones nacionales, leyes, derogaciones y políticas, es para ellos y para mí una obviedad. Quizás eso explique el reciente allanamiento por la represión a las Ligas Agrarias a la Estancia Las Marías, u otras acciones que puede haber contra complicidades de la sociedad civil. Pero resulta claro que ese es un marco amplio, que no alcanza a explicar el

surgimiento en 2013 de la Comisión de la Memoria. Para ello, me resulta claro, sería necesario reconstruir además en detalle el desarrollo de diversas redes y vinculaciones personales entre miembros de la comisión y funcionarios públicos con historia de compromiso con estos temas, que los alientan y apoyan en aquello que sea posible.

En septiembre de 2013 existen los primeros tres condenados, hay otros que siguen libres. La Comisión ha instalado una narrativa pública como nunca había existido en la ciudad. La causa de La Polaca, sin embargo, no ha avanzado judicialmente y la pregunta acerca de los cadáveres permanece sin respuesta. Nadie puede tener certeza de que, en aquel lugar, haya habido inhumaciones clandestinas. Tampoco, de lo contrario. Esas suposiciones o imaginaciones, sin embargo, hablan de otros hechos incontrastables.

Si uno adhiriese a una concepción evolucionista, en el marco de la cual las teorías mágicas se sustituyeran por otras científicas, creería que el tiempo del oro, los tesoros y los cadáveres inhallables ha quedado atrás, reconvertido en la coyuntura por las luchas judiciales. Si, en cambio, uno adhiriese a una visión sobre los patrones culturales, podría comprender la coyuntura jurídica y racional como una forma debajo de la cual pervive un contenido esencial y característico. Nunca un caso salda debates teóricos tan antiguos. Pero debemos admitir la posibilidad de que ambas temporalidades convivan. Pueden estar expresando las heterogeneidades constitutivas, en convivencias tensas, de toda configuración cultural. Según las circunstancias, podrán modificarse mutuamente, pero no es previsible que deban fusionarse o hibridarse. Las personas y los grupos no piensan y actúan necesariamente de un solo modo. A lo largo del tiempo, y en un mismo momento histórico, pueden hacerlo de varias maneras. Esas diferencias quizás guarden similitudes que resultan imperceptibles cuando no se excava, cuando solo se mira la superficie o al ras del suelo.

## BIBLIOGRAFÍA

- Blache, Martha (1982). *La estructura del miedo*. Buenos Aires. Plus Ultra.  
Grimson, Alejandro (2003). *La nación en sus límites. Contrabandistas y exilados en las frontera de Argentina y Brasil*. Buenos Aires. Gedisa.  
Jelin, Elizabeth (2002). *Los trabajos de la memoria*. Barcelona. Siglo XXI.  
Sitjá y Balbastro, Carlos Alberto (1998). *Crónicas y antecedentes históricos de Paso de los Libres (1843-1900)*. Paso de los Libres. Eru.